



AMOR DONCELLA CIERVA

Mónica Collado

I

Primero, la madre la está peinando. Mete los dedos abiertos en la mata morena y los va sacando lentamente. Entre las palmas se deslizan los mechones, tibios y pesados. Al caer contra la espalda de la niña levantan al aire el olor del aceite que la madre se extendió en las manos al empezar a peinarla, al sentarla contra la pared. La niña pasa el índice por las líneas desiguales del muro encalado. Su madre castiga el gesto tirándole del pelo. Retira a la niña de su juego con la brida encrespada de la melena. Huele a mastranto, la menta recia que crece en primavera en el cauce del arroyo. La menta se agosta pronto. Pero vuelve a salir al año siguiente. El aceite no es de esa menta. No tiene nada de esa menta.

Luego, la madre está enferma. No puede levantarse del jergón. El camastro está lejos del ventanuco y la madre sufre por ello. Se queja delante de la niña. Dice que ha sido su padre el que ha mandado poner el jergón en aquella esquina, la más húmeda y oscura. Delante de los otros hijos no dice nada. Son varones y solo han entrado en el cuarto dos veces desde que la madre enfermó. A pedir su bendición. La madre bendice obediente. Son jóvenes. Ya no tiene nada que ver con ellos. Un día fueron criaturas y la madre sostuvo aquellos pequeños cuerpos enfajados contra su pecho magro. Ahora, cuando llegan hasta la estera, la madre huye de sus ojos oscuros. Con los dedos torcidos se levanta el embozo por la cara. No quiere que huelan el aliento que exhala su boca. Está sucio. Sobre su cabeza, la toca le oculta la frente y las cejas. Los hijos solo pueden ver su mirada. Una mirada resentida y asustada. Idos, extraños. «Pero tú, hija mía, de todos los que concebí, eres la favorita de mi corazón. Dentro de unos años, cuando seas mujer, un hombre

te llevará. Y vivirás con él como esposa. Yo ya estaré muerta.»
La niña también lo cree así. Cabecea en la ventana. «Cuando
tú mueras, madre, yo moriré contigo.»



limbo

errante

II

La niña tiene miedo de su padre. Su padre no le sonríe nunca. No la mira nunca. Ella es de la madre. La niña mira a su padre cruzando el patio. Lleva una manta de lana bajo el brazo. Esta noche dormirá en el campo. El brazo doblado contra la cintura, haciendo un hueco para la manta, le levanta el sayal por la espalda. La espalda del padre está encorvada como se encorvan las espaldas de los hombres enjutos, manteniendo la memoria de la rectitud. Las manos del padre son cuadradas y grandes. En el dedo meñique de la mano derecha crece libremente la uña. Sirve para el oficio. Sirve para escarbar, afilada, en las cosas menudas a las que no llegan las manos grandes y cuadradas.

Al padre no le preocupa la niña. Le preocupará en su momento, cuando tenga que buscarle un hombre prudente que cargue con ella, que añada honra a su casa. Al padre le preocupan sus tres hijos varones, los que llevan su nombre en la carne. De su padre recibió la vara que los doblegará. La misma vara de acebuche que le levantó a él la piel de sus primeros años. Ahora tiene la piel curtida. Sobre la espalda conserva dos o tres cicatrices alargadas. Una sola mujer se las ha visto. Se las hizo la vara de acebuche que guarda en su aposento, esperando el momento de la doctrina.

La niña ve cómo el padre castiga a sus hermanos. No le hacen falta motivos. Los desnuda en el patio y los azota. Con la mano o con la vara. Nadie baja los ojos con vergüenza. El padre ama a los hijos y está cumpliendo con su deber. Los sirvientes y los pastores pasan junto a los pequeños y no los miran. Los niños lloraban al principio. Se orinaban

encima. Ahora no. Otras veces, sin que lo esperen, el padre les sacude una bofetada cuando ríen o cuando juegan entre ellos. Los azotes y la corrección son siempre sabiduría, dice el padre mientras come. Los niños no comen. El padre los manda comer. El segundo se retrasa en obedecer y el padre se levanta mordiéndose los labios. Con los ojos muy abiertos, con la mirada fija en la cabeza baja del hijo. Una rabia que no puede apaciguar lo sacude por dentro. Pero no tiene que temer, la vara no mata a los hijos. La vara los libra del infierno. El hijo come. La niña mira desde un rincón de la cocina. Los niños no han tenido tiempo de aprender a odiar, no saben defenderse. Empezaron a recibir golpes siendo muy pequeños. Ella es diferente a esos niños y no sabe por qué. Ella odia y teme. En la mano tiene una torta que no le sabe a nada, que se le convierte en paja sobre la lengua seca.

«Vamos, come, flor de harina.» Una sierva amasa echándose sobre la artesa. Ha visto la mirada de la niña. «Los hijos no están para jugar con ellos, ni para mimarlos, ni para halagarlos. Un caballo que no se doma sale indócil. Mejor corregir ahora y no llorar y rechinar los dientes después.»

A la sombra del castigo, los pequeños crecen. Cada vez se les azota menos. Cada vez obedecen más. La niña escarmienta en sus espaldas. Su madre también se lo dice. Callada está mejor. Por el ventanuco de la cocina, algunos días de invierno, la niña observa a sus hermanos. De rodillas sobre la bancada de granito, siente la piedra como hielo. Un hielo que le sube por los muslos y que le agarra el vientre. El padre azota a sus hermanos con la vara de acebuche. El único que todavía se encoge es el segundo. Con el frío salen antes las marcas rojas en la espalda y el padre los manda a desayunar. Los hijos del patriarca tienen que crecer para heredar. Él ha hecho lo posible por ellos, por que florezca en sus corazones errados la rectitud y la bondad. Los niños entran en la cocina endurecidos. No miran siquiera a su hermana pequeña. A su hermana, que tiene adormecidos los muslos y el vientre. La criada se dirige a ellos sin misericordia. Ellos extienden sus

tazones hacia el cántaro de leche que sostiene la mujer, sin verla. A esa edad ya han aprendido a agradecer del mismo modo la comida y el castigo.

limbo ✖ errante

www.limboerrante.com



limbo

errante